



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 10, Núm. 2, pp. 247-270 - ISSN 2027-5528

Antibolcheviques peronistas: los inmigrantes rusos de la Unión Suvorov a través de

Peronist anti-Bolsheviks:
Russian immigrants from the Suvorov Union

Víctor Augusto Piemonte
Universidad de Buenos Aires
CONICET
orcid.org/0000-0002-6906-7399

Recibido: 5 de agosto de 2019
Aceptado: 7 de octubre de 2019



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación

Antibolcheviques peronistas:

los inmigrantes rusos de la Unión Suvorov a través de su prensa

Víctor Augusto Piemonte
Universidad de Buenos Aires - CONICET

Doctor en Historia. Actualmente adelanta la investigación titulada “Los inmigrantes rusos en la Argentina: su cultura política a través de las publicaciones periódicas en la primera mitad del siglo XX”.

Correo electrónico: augusto.piemonte@gmail.com

ORCID ID: orcid.org/0000-0002-6906-7399

Resumen

Aunque la inmigración rusa en la Argentina fue muy importante en términos numéricos durante la primera mitad del siglo XX, continúa siendo muy poco lo que se sabe sobre ella. Creada en 1948 en Buenos Aires por un grupo de rusos blancos que habían integrado el ejército soviético durante la Segunda Guerra Mundial, la Unión Suvorov se propuso como objetivo nuclear a los rusos anticomunistas en todas sus vertientes que habían emigrado a la Argentina. Los suvorovistas se enmarcaron dentro de la tradición occidentalista que mantuvo un largo y encendido debate con la corriente eslavófila. La Unión Suvorov forjó su órgano oficial, el periódico *Suvorovets*, desde donde canalizó su proyecto militar nacionalista dirigido a luchar contra el comunismo internacional. Nuestra hipótesis es que, pese a su declarada prescindencia política, *Suvorovets* buscó trascender el terreno militar, adoptando una posición de permanente denuncia del estado soviético. El encendido anticomunismo que pregonó acabó pronto siendo el centro en torno al cual dinamizó su acción la Unión Suvorov. La aplicación de la intensa política estatal anticomunista bajo el

gobierno de Perón capturó la atención de sus integrantes, quienes desde el comienzo de su fundación encontraron en el presidente argentino al aliado más confiable.

Palabras clave: Inmigración Rusa; Peronismo; Anticomunismo; Unión Suvorov

Peronist anti-Bolsheviks: Russian immigrants from the Suvorov Union

Abstract

Although Russian immigration in Argentina was very important in numerical terms during the first half of the 20th century, what is known about it remains very little. Created in 1948 in Buenos Aires by a group of white Russians who had integrated the Soviet army during World War II, the Suvorov Union set itself to gather anti-Communist Russians (in every aspect) who had emigrated to Argentina. The Suvorovists were framed within the Westernist tradition that held a long and fiery debate with the Slavophile current. The Suvorov Union forged its official body, the Suvorovets newspaper, from which it channeled its nationalist military project aimed at fighting international communism. Our hypothesis is that, despite its overt political disregard, Suvorovets sought to transcend the military terrain, adopting a position of permanent denunciation of the Soviet State. The ignited anti-communism it proclaimed soon became the center around which the Suvorov Union revitalized its action. The application of the intense anti-communist state policy under Perón's government captured the attention of its members who, from the beginning of its foundation, found the most reliable ally in the Argentine president.

Keywords: Russian Immigration; Peronism; Anti-communism; Suvorov Union

El tercer Censo Nacional registraba que entre 1857 y 1914 habían arribado a la Argentina 160.672 rusos, lo que por entonces los colocaba como la cuarta mayor nacionalidad extranjera llegada al país, por detrás de italianos (2.283.882), españoles (1.472.579) y franceses (214.198) (Comisión Nacional, 1916, p. 201)¹. Entre 1906 y 1913, la emigración rusa a la Argentina fue tres veces más que los veinticinco años anteriores y ascendió a 120 mil personas, pasando a ocupar ahora el tercer lugar en el flujo migratorio procedente de Europa (Dik, 1991, p. 85). Así es como a comienzos del siglo XX, tras Estados Unidos la Argentina fue el país que recibió mayor inmigración de Rusia. En 1948, por gestiones de la Iglesia Ortodoxa Rusa en el Extranjero, el gobierno argentino permitió el ingreso al país de 10.000 exiliados rusos (Andruskiewitsch, 2013, p. 2). A pesar del importante número de rusos que por entonces vivía en la Argentina, continúa siendo muy escaso el conocimiento que se tiene respecto de esta inmigración en cualquiera de sus momentos históricos y en la totalidad de sus facetas.

Parte de este rico, pero desconocido pasado es la historia de la Unión Suvorov, creada el 5 de septiembre de 1948 por un grupo de rusos blancos que, habiendo tomado parte en el ejército soviético durante la Segunda Guerra Mundial, abandonó su país natal al término de la misma. La mayoría de sus miembros residieron en la Capital Federal. El grupo se propuso como objetivo nuclear a los rusos anticomunistas en todas sus vertientes que habían emigrado a la Argentina. No se consideraban asiáticos ni tampoco euroasiáticos, puesto que no dudaban en situar a Rusia en el continente europeo (*Suvorovets*, 29 de abril de 1949, p. 1). En este sentido, se puede incluir a los suvorovistas dentro de la larga tradición occidentalista que tuvo un largo desarrollo en su lucha contra la corriente de pensamiento eslavófilo dentro del escenario filosófico-político ruso durante el siglo XIX². Rusia se encontraba a caballo entre dos mundos y era cuestión de decidir a cuál de ellos debía atar su destino. Aunque contó con personalidades de renombre como Fiodor

¹ Entre 1906 y 1913, la emigración rusa a la Argentina se triplicó respecto de su situación en los veinticinco años anteriores (Dik, 1991, p. 85). Por su parte, la investigadora María Koublitskaia (2011) eleva el número de la primera oleada inmigratoria procedente del Imperio Ruso a 200.000 personas, quienes encontraron empleo en fábricas de los suburbios de Buenos Aires y en actividades agrícolas.

² Una excelente antología de fuentes sobre el intenso debate entre eslavófilos y occidentalistas puede consultarse en AAVV, 1997.

Dostoyevski y Nikolai Danielvskii, a los que más tarde se sumaron los euroasiáticos, los eslavófilos siempre fueron minoría en el debate con los occidentalistas (Siljak, 2001).

La Unión dio forma a su órgano oficial, el periódico *Suvorovets* (*El Suvorovista*), cuya vida transcurrió entre 1948 y al menos 1957.³ En un principio tuvo aparición semanal y contó con apenas una hoja a doble faz, pero alcanzó pronto las cuatro páginas (llegando por momentos a ocho) y su regularidad se fue volviendo infrecuente a partir de 1953. La publicación llevó casi siempre una columna en castellano en la primera página, el resto era redactado por completo en ruso. Salía una muy breve síntesis de los acontecimientos mundiales recientes en ruso, en primera página, bajo título “Vesti” (“Noticias”). *Suvorovets* salía a la venta los viernes por la noche. Se vendía en las iglesias ortodoxas durante las horas de misa y en una tienda y un puesto de diarios ubicados en la Av. Leandro Alem.

La Unión Suvorov señalaba entre sus objetivos centrales la unidad de la vieja emigración rusa con la nueva que recién comenzaba. Sus miembros abonaban una cuota de membresía. La índole mutua de su naturaleza constitutiva quedaba resumida en el deseo de otorgar socorro moral y económico a los inmigrantes rusos con el fin de que pudieran asentarse en la sociedad argentina en forma rápida y sin sobresaltos. Así fue como, entre otras medidas de acción, la junta de la Unión Suvorov desarrolló un proyecto para proporcionar un plan de salud para todos sus miembros de Buenos Aires.

En 1947 habían comenzado a llegar a la Argentina algunos grupos de inmigrantes blancos. Esta inmigración rusa se incrementó notablemente en Buenos Aires un año más tarde. *Suvorovets* destacó la presencia de una fuerza laboral enérgica a partir del arribo de sus compatriotas. Esta observación residía en la premisa de que el porcentaje de los recién llegados de Rusia que no podían y quienes no querían trabajar tendía a cero (*Suvorovets*, 31 de diciembre de 1948, p. 2)⁴. La Unión de Suvorov reunía elementos de la vieja y de la

³ La fecha de su cierre es incierta y, de hecho, no se encuentra registrada en la Argentina la existencia de ejemplares posteriores a 1954. Por otra parte, es necesario consignar que la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno dispone para consulta de los investigadores su colección hasta el año 1951. Ver Adamovsky y Koublitskaia, 2012.

⁴ Lo que no consignaba *Suvorovets* a este respecto era que la Argentina se preocupó por otorgar permisos de ingreso a personas “confiables”, no mayores a los 45 años de edad y físicamente sanas (los beneficiarios de los visados debían someterse dos veces a exámenes médicos). De este modo, era esperable que los rusos que

nueva emigración militar, a los jóvenes y a los científicos eslavos. En vistas de que, según los suvorovistas, la emigración rusa se componía de un 80% de combatientes de la Gran Guerra, de la Guerra Civil rusa y de la Segunda Guerra Mundial, quedaba establecida la necesidad de promover una unión militar. En este punto, no obstante, se prometía la prevalencia en la flamante organización nacional rusa de un carácter no-político, razón por la cual quedaban aceptados en la Unión

“[...] todos los rusos sin distinción de la religión, de nacionalidad, de clase social ni sexo. Monárquico y republicano, sin prejuicio u organización tienen derecho a tomar parte en la Unión Suvorov. Bajo la amplia capa del Gran Mariscal pueden unirse todos los hijos de Gran Imperio. Para quien Rusia no es solamente un punto geográfico sino un cuerpo viviente fraterno y doliente, quien se considera miembro de la estupenda cultura rusa y quien desea participar en la construcción de su gloriosa historia no sólo puede sino debe tomar sobre sí la pesadez de las obligaciones que rigen para todos los socios de la Unión Suvorov”. (Suvorovets, 24 de septiembre de 1948, p. 1).

Haciendo explícita su contraposición al semanario *Za Pravdu (Por la Verdad)*, órgano de un grupo de emigrantes rusos cristianos que adoptaba una perspectiva centrada en la moralidad cristiana, los suvorovistas se plantearon proporcionar un acercamiento a los acontecimientos con una mirada militar (Suvorovets, 31 de diciembre de 1948, p. 2).

La hipótesis de este artículo es que, pese a esta declarada intencionalidad de prescindencia política, *Suvorovets* buscó trascender el terreno militar adoptando una posición de permanente denuncia del estado soviético. De hecho, el periódico reconocerá que los rusos que llegaron a la Argentina procedentes de Alemania siguieron estando interesados en la vida política de Rusia (Suvorovets, 29 de octubre de 1948, p. 1). El encendido anticomunismo que pregonó acabó pronto siendo el centro en torno al cual dinamizó su acción la Unión Suvorov. La consideración desbordante en alabanzas dispensadas hacia Juan Domingo Perón residió —al menos en gran parte— en la activa represión al movimiento comunista de la Argentina que llevó adelante su gobierno.

ingresaban a la Argentina se encontraran en condiciones de integrar la población económicamente activa (Moseikina, 2007, p. 74).

El bolchevismo como factor de destrucción del alma rusa

En el editorial que dio inicio a la publicación *Suvorovets*, aparecida en Buenos Aires el 24 de septiembre de 1948, el General Holmston daba a conocer el origen histórico del grupo que impulsaba la nueva hoja rusa: así como en 1799 el mariscal Aleksandr Suvorov había conducido a la localidad de Ruggell a un “pequeño ejército de soldados-héroes” que escapaban de la traición militar, 146 años más tarde, en 1945, hacía su ingreso en la misma llanura de Liechtenstein una elite militar rusa que huía de “una traición diplomática sin precedentes en la historia” (*Suvorovets*, 24 de septiembre de 1948, p. 1). Si los primeros habían conocido la gloria militar, los últimos habían sido despojados de su entrega patriótica para ser considerados simples criminales de guerra. En palabras de Holmston, esta elite del ejército ruso había atravesado el Atlántico hasta llegar, conducida por la misericordia divina, a la Argentina. La nueva nación de los militares rusos fue percibida en términos muy positivos por el boletín semanal. Perón era un líder natural que conducía “libre y sabiamente” el rumbo del país, dando paso al desarrollo de la justicia por la cual bregaban los recién llegados. Eva Duarte contribuía a ello con su “suprema vigilancia”. Fue justamente con el apoyo legal del gobierno argentino que quedó conformada la Unión Suvorov. En el acto constituyente tomaron parte el general Holmston, en calidad de presidente de la asamblea, y algunos miembros de los rangos más altos del primer ejército nacional ruso (*Suvorovets*, 24 de septiembre de 1948, p. 2). La asamblea adoptó por unanimidad el estatuto de la Unión y estableció su administración, que quedó bajo la dirección del general Holmston, en tanto que Georgii Neronov resultó designado secretario. La redacción del periódico quedó a cargo de E. Messner.

Creado por Pedro el Grande, el ejército ruso había conocido la gloria a través de la conducción brillante del mariscal Suvorov. En la opinión de sus seguidores, su inigualable talento de estrategia no era el único valor que permitía explicar el motivo de las victorias obtenidas por el ejército del zar. Igualmente, notable –y esto lo distinguía del resto de los

grandes estrategias militares— era su capacidad para comprender en profundidad el “alma del soldado ruso” (Suvorovets, 23 de septiembre de 1949, p. 2). Suvorov había implementado métodos de estrategia militar novedosos, poniendo en un lugar de máxima importancia la moral de las tropas. Al cumplirse 149 años de su muerte, el mariscal Suvorov fue considerado “el más grande de los capitanes de Rusia” (Suvorovets, 20 de mayo de 1949, p. 1). Habiendo vencido a los ejércitos de Turquía, Polonia y Francia, recibió de sus pueblos el mote de “bárbaro”. La caracterización, en opinión del grupo que llevaba su nombre, era injustificada. La barbarie era asociada con lo asiático por el occidentalismo, y Suvorov había actuado con civilidad al humanizar “las tradiciones guerreras”, situando al ejército ruso muy por encima de las capacidades morales de los ejércitos de Europa. Reivindicando la figura histórica de Pedro el Grande, *Suvorovets* calificaba como “palabras amistosas” la opinión de que el pueblo ruso debería abandonar “las espesuras del orientalismo negativo” para “volver al cuidado jardín del occidentalismo positivo” (“*ona ot ottsov unasledovala russkuiu dushu*”) (Suvorovets, 10 de junio de 1949, p. 1). Según se ocupaban por dejar en claro en *Suvorovets*, ni lo ruso era asiático, ni lo soviético era ruso.

Al referir a la inmigración rusa en la Argentina, habitualmente se había situado un primer momento migratorio muy distante que había sido continuado por dos etapas posteriores. No obstante, desde la Unión Suvorov se sostuvo que esta división era errónea, siendo trazada una línea de continuidad entre ambos momentos migratorios. El contacto generado entre los rusos daba cuenta de una realidad en la cual los inmigrantes que habían partido de Rusia tras la Gran Guerra no guardaban distinción con aquellos que lo habían hecho después del fin de la Segunda Guerra Mundial, salvando las obvias diferencias generacionales. Todos ellos bregaban por el bienestar del pueblo ruso. Aunque muchos jóvenes rusos crecieron en el extranjero, “heredaron el alma rusa de sus padres” (Suvorovets, 8 de octubre de 1948, p. 1). Era por este idealismo que, en lugar de referir a diferentes migraciones, se proponía hablar de diferentes estratos de edad de una sola emigración proveniente de Rusia. Los rusos no eran inmigrantes en el sentido estricto del término. A fin de cuentas, el emigrante ruso blanco era un “estoico combatiente por la idea nacional” (Suvorovets, 29 de octubre de 1948, p. 1). Para los suvorovistas, los rusos que habían emigrado de su país de origen o bien no habían llegado a aproximarse “al verdadero

comunismo” o bien habían padecido en primera persona su rigor (Suvorovets, 25 de febrero de 1949, p. 1), pero en ningún caso se encontraba entre ellos uno solo que tuviera intenciones de refrendar la experiencia soviética.

En opinión de la Unión Suvorov, los tres siglos de dominación tártara habían redundado en la contaminación de la mentalidad y del alma rusas, dando por resultado la conformación de construcciones populares no rusas. Rusia se liberó del yugo tártaro en noviembre de 1480 a causa de la injerencia del zar Iván III. Resultado de esta experiencia fue la creación del estado ruso atravesado por el cristianismo y la eliminación de los rasgos extraños que los tártaros habían introducido en el alma rusa. En 1948, la amenaza de destrucción del “alma rusa” provenía desde adentro del país. Los tres decenios de gobierno comunista dejaban al pueblo ruso en manos de la mentalidad internacional, que se traducían en la consiguiente internacionalización del alma rusa. Los suvorovistas se preguntaban cuánto tiempo debía transcurrir para que el pueblo ruso recuperara su alma “limpia de todo lo extraño y para que el estado sea cristiano como en la antigüedad, cuando los rusos llamaban a su patria Casa de la Madre de Dios” (Suvorovets, 19 de noviembre de 1948, p. 1).

Suvorovets planteaba la existencia en Rusia de un sistema esclavista. Mientras que en Europa habían sido los propios siervos quienes habían logrado la libertad mediante el empleo de las armas, en el caso ruso la emancipación había llegado desde arriba. Alejandro I había decidido otorgar la libertad a los campesinos rusos en 1861. Siete décadas había durado al campesinado ruso “la felicidad del trabajo libre en la propia tierra” (Suvorovets, 4 de abril de 1949, p. 1). Por mandato bolchevique se había implementado un nuevo régimen de esclavitud a partir de la colectivización de la tierra. Esta situación convertía a los comunistas en los enemigos naturales del campesinado que ansiaba recuperar su libertad. Situación similar de esclavitud experimentaban las mujeres que habitaban en los países comunistas. A pesar de las grandes celebraciones que tenían lugar todos los 8 de marzo en las fábricas, calles, instituciones y granjas colectivas, las mujeres en la Unión Soviética eran objeto de una opresión sin parangón en ninguna otra parte del planeta ni en ningún otro momento histórico. Incluso en los tiempos de servidumbre previos a 1861, las mujeres

trabajaban solamente tres días a la semana para los propietarios de los feudos. *Suvorovets* afirmaba, sin mayores profundizaciones y sin brindar un solo dato estadístico, que, en contraposición a la realidad rusa, en los países capitalistas la mujer trabajaba la mitad de los días de la semana (Suvorovets, 4 de abril de 1949, p. 1). Como parte de la lógica imperante en Occidente, en la sociedad argentina la mujer no estaba ligada a trabajos duros, sino que podía ocuparse de su casa y de sus hijos.

La posición monárquica y religiosa que adoptaban los suvorovistas los llevaba a advertir que “El corazón del monarca –ungido por Dios– es el corazón de todo el pueblo” (Suvorovets, 15 de junio de 1949, p. 1)⁵. Bajo su perspectiva, los bolcheviques eran sicarios contratados por “el diablo” para matar al zar y su familia. Para la Unión Suvorov estaba claro que la revolución que derribó el régimen zarista la había llevado a cabo un grupo de fuerzas con un mismo signo político: el liberalismo. Pero si bien el proceso revolucionario había sido en su origen guiado por la ideología liberal, a partir de octubre fue arrebatada su conducción por los comunistas, cuyo antagonismo con la libertad quedaba expuesto en su fascinación por la dictadura del proletariado. Y es que para ellos la “Rusia prerrevolucionaria se encaminaba con rápidos pasos hacia el alcance del bienestar popular, y sólo el apuro de los dirigentes de los partidos políticos interrumpió la evolución, dirigida por el zar” (Suvorovets, 11 de marzo de 1949, p. 1).

La revolución interfirió también con el culto religioso, que constituía un factor esencial en la conformación del “alma rusa”. En sus libros *La guerra nazi-soviética y Guerra y política*, Holstom había planteado que el comunismo era una religión contemporánea. La religión del espíritu promovida por la iglesia era así enfrentada por la religión materialista impulsada por el comunismo. La apelación al patriotismo que había hecho el estalinismo durante la Segunda Guerra Mundial constituía la muestra empírica de que “la educación comunista no ha logrado cambiar en forma profunda la psicología del hombre ruso y transformarlo en un individuo internacional, extraño a los intereses rusos”

⁵ En la Rusia pre-revolucionaria, los días 19 de diciembre tenía lugar un feriado nacional en honor al zar Nikolai Aleksandrovich. Con la llegada de los bolcheviques al poder, esta tradición fue cortada de raíz. “Tsarskii den” (Suvorovets, 17, diciembre de 1948, p. 1).

(Suvorovets, 9 de junio de 1950, p. 1). Así, el comunismo devenía religión mundana y cargaba con la doble problemática de ser internacionalista y atea, lo que acentuaba el rechazo que le destinaban los suvorovistas (Suvorovets, 22 de abril de 1949, p. 1). En vísperas de la revolución, Rusia era un imperio multiconfesional en el que ocupaba un rol privilegiado la Iglesia Ortodoxa, cuya existencia misma, según el periódico, era permanentemente amenazada por el gobierno soviético⁶. Asimismo, se denunciaba el antisemitismo imperante en la Unión Soviética de posguerra con el fin de acusar a Stalin de estar “copiando la política interna de Hitler, aunque “con más prudencia, más inteligencia y más viveza por cierto” (Suvorovets, 29 de junio de 1949, p. 1)⁷. Por tal motivo, *Suvorovets* celebraba el hecho de que el mariscal anglicano Montgomery se uniera con el Papa en una suerte de cruzada en contra del comunismo atea, al tiempo que manifestaba el deseo de que la Iglesia Católica griega se uniera a la acción del papado (Suvorovets, 22 de junio de 1949, p. 1). Por otra parte, se destacaba el hecho de que esta situación fuera expandida por el comunismo apátrida en el conjunto de los países que cayeron bajo la égida de la Unión Soviética. En efecto, los países comunistas estaban dando muestras de acrecentar la intensidad de sus actividades antirreligiosas. En particular, las persecuciones y hostigamientos sufridos por la iglesia ortodoxa en Checoslovaquia y Bulgaria ponían en jaque su pervivencia (Suvorovets, 11 de marzo de 1949, p. 1).

A causa de la naturaleza internacionalista constitutiva del comunismo, el rechazo a la conciencia nacional era una de sus características más salientes. Así como no podía existir un “comunismo nacional”, tampoco era factible la realización de un “comunismo eslavo”. Planteaban que, dada la falta de una predisposición al comunismo en el “espíritu eslavo”, el triunfo bolchevique se explicaba en Rusia por una mera “casualidad”. La dictadura del proletariado era una dictadura a secas, todo el pueblo eslavo la padecía y no tan sólo la burguesía (Suvorovets, 15 de abril de 1949, p. 1). Los suvorovistas, a causa de su condición pasada de soldados activos que les había llevado a caminar en campos de

⁶ No obstante, ha demostrado Smolkin (2018) que las políticas bolcheviques hacia la religión no escaparon a la lógica de la improvisación que primó sobre la generalidad de las disposiciones revolucionarias, por lo que no existió una visión coherente y definitiva del ateísmo comunista, sino antes bien una serie de compromisos oscilantes y contradictorios.

⁷ No obstante, planteaba el periódico, el pueblo alemán había apoyado a su líder, en tanto que Stalin era aborrecido por los ciudadanos soviéticos.

batalla donde sobrevolaba la muerte, se jactaban de exhibir una sensibilidad especial que les permitía percibir la “justicia divina”. Confiaban en que Occidente los ayudaría a alcanzar una resurrección moral (Suvorovets, 22 de abril de 1949, p. 2).

El militarismo ruso y la necesidad del compromiso occidental

Durante la guerra civil había emergido en el sur de Rusia un ejército blanco integrado por oficiales, cadetes y voluntarios, cuyo objetivo era refrenar el avance del comunismo. El internacionalismo comunista era un peligroso factor de desintegración nacional (Suvorovets, 28 de octubre de 1950, p. 2). Se trataba, entonces, de reinstaurar el estado nacional ruso tradicional. Su esencialismo llevaba a la Unión Suvorov a señalar que, aunque fue derrotado, el ejército contrarrevolucionario “había defendido a Europa y a todo el mundo de la ola comunista y había salvado la idea blanca, la idea de la lucha contra el comunismo rojo, la lucha por la nación” (Suvorovets, 12 de noviembre de 1948, p. 1). Los sobrevivientes de la contienda dieron lugar a la emigración blanca. Con su muerte, los “héroes” del Ejército Voluntario habían immortalizado la idea por la cual fueron a la batalla (Suvorovets, 12 de noviembre de 1948, p. 1). Materializada originalmente por el Ejército Voluntario del general Kornilov, la “idea blanca” reencarnó en el movimiento de liberación del general Vlasov, ex general del Ejército Rojo. Basados en la confianza de su inmortalidad, los responsables del periódico esperaban que se produjera una tercera cristalización de la “idea blanca”.

La Unión Suvorov desarrolló un culto a la militarización y al patriotismo. Así quedó demostrado a partir de la recuperación de la acción de los generales Friedrich Paulus y Walther von Seydlitz, quienes habían estado encargados de formar el ejército alemán que tuvo por misión ingresar en territorio soviético. El periódico valorizaba en el intento de “salvar a Alemania” la “honestidad nacional” de ambos generales⁸. También rescataba la honestidad patriótica de los generales rusos Shteifon (quien en 1941 sirvió en la formación

⁸ En este sentido, vale mencionar que el espíritu de cuerpo lleva a los suvorovistas a estar en contra de los juicios de Nuremberg, dado que a quienes se les atribuían delitos no habían nunca dejado de ser “guerreros vencidos” que “cumplían con su deber”. “La justicia de la venganza” (Suvorovets, 4 de febrero de 1949, p. 1).

del ejército en Serbia) y Holmston (partícipe en los comienzos de la guerra en el este), quienes en la última guerra habían realizado los mismos intentos que sus homólogos germanos, si bien en la dirección opuesta. Aunque hijo de un artesano pobre, Shteifon recibió por línea materna “la sangre rusa más pura” (“*chisteishuiu iz russkikh krovei*”) (Suvorovets, 26 de noviembre de 1948, p. 1), por lo cual tenía genéticamente inoculada una devoción especial por Rusia, la monarquía y la Iglesia Ortodoxa. En la escuela militar había forjado un “espíritu de caballería”. El general Holmston, por su parte, provenía de una antigua familia noble militar rusa, de la cual habría heredado el amor por Rusia y la laicidad que lo ayudó en los años de la posguerra, cuando salvó a sus compañeros y subordinados de la extradición y la muerte. El militarismo de los suvorovistas era replicado en su celebración del día de San Jorge, utilizada en la época previa a 1917 para glorificar el valor de los guerreros (Suvorovets, 10 de diciembre de 1948, p. 1).

Fue criticada la utilización de la bomba atómica, pero no de la guerra, que de por sí no revestía ningún carácter negativo: “La próxima guerra será deshonrada por la aplicación de la bomba atómica, terrible medio para la aniquilación de la población civil, siendo éste contrario al espíritu de la guerra” (Suvorovets, 22 de octubre de 1948, p. 1). Pero existía también un tipo de “bomba atómica espiritual”, capaz de escindir la unidad nacional de los pueblos. La revolución bolchevique había nacido con la intención de confluir en una revolución de carácter internacional. Por tanto, la experiencia abierta en 1917, en su afán por la promoción de un espíritu internacionalista, era contraria a la preservación de la unidad nacional.

El periódico entendía que, tras haber dejado un tendal de víctimas en defensa de la libertad y la independencia de su patria, el pueblo ruso había sufrido un nuevo engaño a manos de los bolcheviques, dado que no se había producido ni un relajamiento de las formas dictatoriales del gobierno ni tampoco se habían introducido prácticas democráticas. Antes bien, la situación interna del país había resultado exacerbada, llevando a la población a un estado más penoso aún de aquel en que se encontraba antes de la guerra (Suvorovets, 29 de octubre de 1948, p. 1). Prueba de ello eran, según *Suvorovets*, la continuación de las requisas de granos al campesinado como en 1933, la purga ilegítima de miembros del

partido y el Komsomol como en 1937 y la persecución a científicos y artistas. El poder soviético continuaba condenando a su pueblo a pasar grandes privaciones y a sufrir el ejercicio de la explotación y del terror. Aunque los suvorovistas entendían que en las condiciones imperantes en la Unión Soviética resultaba imposible que se pudieran aglutinar las fuerzas antibolcheviques, sostenían que, de todas formas, en paralelo, “las condiciones objetivas para el derrocamiento del yugo bolchevique y la liberación de los pueblos de Rusia están madurando y multiplicándose” (Ídem). El poder bolchevique se había ocupado de aislar a Rusia del resto del mundo, enemistándola principalmente con las democracias de Occidente. Era esperanza de los responsables que la lucha librada en la posguerra entre el comunismo soviético y las democracias occidentales condujera a la quiebra total y final del comunismo internacional. Las democracias occidentales estaban llamadas, en el diagnóstico del periódico blanco, a jugar un papel central en el destino de Rusia (y por ende del mundo entero) (Suvorovets, 22 de octubre de 1948, p. 1). Una oposición franca de las democracias occidentales a Moscú habría de redundar en una intensificación en la lucha de liberación del pueblo ruso de la opresión bolchevique. Era imperioso que Occidente reconociera la existencia del movimiento de liberación en Rusia y tomara participación de una rápida desintegración del poder soviético.

Que fueran buenas o malas las diversas formas gubernamentales se definía, según la Unión Suvorov, en función “de la salud moral del pueblo y de la honradez y sabiduría de la capa dirigente” (Suvorovets, 17 de diciembre de 1948, p. 1). Como resultado de esta categorización subjetiva, el gobierno de Tito en Yugoslavia era una dictadura y el de Markos en Grecia una tiranía. Las agresiones comunistas no se limitaban a los “ataques directos”, sino que también se manifestaban en su participación en golpes de estado mediante el recurso de la quinta columna. En este sentido, la toma de poder en Checoslovaquia por los comunistas había abierto los ojos del mundo democrático. En respuesta a estos actos, los gobiernos de Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo habían dado forma al defensivo Pacto del Atlántico (Suvorovets, 31 de diciembre de 1948, p. 1).

Al anunciar que podía llegar a celebrarse “un acuerdo entre los mundos democrático y comunista”, quedaba claro que para la Unión Suvorov el comunismo era indisoluble del autoritarismo. En este sentido, el periódico señalaba a Hitler y a Roosevelt como las únicas figuras de la escena política internacional que habían logrado, con anterioridad, obtener algún tipo de compromiso con la Unión Soviética; a continuación –y aun cuando no era por nadie desconocido que el Tercer Reich había dado por tierra con el pacto Molotov-Ribbentrop al iniciar la Operación Barbarroja– se afirmaba que había sido el gobierno soviético quien había transgredido los términos del acuerdo. La conclusión a la que arribaba era aleccionadora: “además de la inseguridad de la palabra comunista o de la firma comunista, ir a un acuerdo con el comunismo es inútil, ya por la causa de que el comunismo es una epidemia, y, ¿acaso es posible impedir a la epidemia que se extinga?” (Suvorovets, 28 de enero de 1949, p. 1). El comunismo vestía el “disfraz” de la democracia. El sentido de esta operación propagandística espuria se traslucía en la denominación de “populares” a aquellas democracias que, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, emergían en las repúblicas de Europa oriental (Suvorovets, 18 de febrero de 1949, p. 1). Esta situación se traducía, a su vez, en el hecho de que mientras la paz estadounidense era sincera y segura, la paz de los comunistas ameritaba una profunda desconfianza. El rechazo a la confrontación armada no implicaba, en el caso del mundo comunista, el abandono simultáneo de la propaganda, los golpes de estado y el terror, aquellas otras formas de combate a las que el comunismo echaba mano con soltura (Suvorovets, 13 de mayo de 1949, p. 1).

Su aversión por el bolchevismo, llevaba a la Unión Suvorov a ver con buenos ojos parte de las acciones emprendidas por la Alemania nazi. Si de algo se debía exculpar a los nazis por su comportamiento, era precisamente del trato que habían dispensado a los comunistas: “Entre las acusaciones presentadas por el fiscal en el juicio por crímenes de guerra contra un mariscal alemán figura una orden en la que éste exhorta a los soldados alemanes a exterminar el sistema bolchevique de una vez por todas y vengar las atrocidades cometidas por esta ideología” (Suvorovets, 23 de septiembre de 1949, p. 1). Para los suvorovistas se cometía un grosero error al otorgar el status de crimen al combate en cualquiera de sus manifestaciones posibles contra el comunismo. Al obrar en tal sentido, las

potencias occidentales atentaban contra sus propios argumentos para sostener la lucha ideológica contra la “dictadura bolchevique”. De tal suerte, *Suvorovets* recordaba al general Vlasov, quien tras haber sido tomado prisionero en el cerco de Stalingrado pasó a ser un importante colaborador de la Alemania nazi. El 2 de agosto de 1946, fecha de su muerte, era asumida como una jornada de luto para los anti-bolcheviques de todo el mundo, ya que Vlasov había dado su vida por “la liberación de Rusia del comunismo y la tiranía estalinista” (*Suvorovets*, 29 de junio de 1949, p. 1). Esto no constituyó un hecho aislado. Por el contrario, fue habitual que para los emigrantes rusos ex militares la invasión alemana de su tierra natal no constituyera un problema, e incluso algunos de ellos lucharon junto con los alemanes en Yugoslavia en contra de Tito (Raeff, 2005, p. 330).⁹

Consideraban que por entonces el movimiento comunista internacional se hallaba más decidido que nunca a impulsar la revolución fuera de la Unión Soviética y su compromiso con la paz mundial era una mera fachada para actuar con las manos libres (“Guerra Fría”, *Suvorovets*, 28/10/1949, N° 41 (56), p. 1). La lucha encarnizada contra el peligro bolchevique se hacía más urgente que nunca. En la Argentina, los rusos blancos se encontraron con un líder en su apogeo que parecía conducir con buenos métodos y resultados esa misión histórica.

Los muchachos rusos blancos peronistas

Lo primero que se lee en la portada del número 5 de *Suvorovets* es un pequeño recuadro que recupera que el “día del histórico 17 de octubre las legiones de los trabajadores acudieron a la Plaza de Mayo para ratificar su aprobación de las conquistas sociales, económicas y políticas, y expresar su adhesión al Presidente General Perón y su Señora Esposa Doña María Eva Duarte de Perón” (*Suvorovets*, 22 de octubre de 1948, p.

⁹ Los militares blancos no fueron los únicos descontentos con el stalinismo que vieron en la invasión alemana del noroeste de Rusia un inicio posible para la derrota final del gobierno soviético. En este sentido, en un estudio reciente, el historiador noruego Enstad (2018) advierte que la misma expectativa fue compartida por una parte importante de la población civil y, sobre todo, por los campesinos, quienes durante toda la década de 1930 habían alimentado rumores de una guerra inminente que podría conducir al fin de la experiencia bolchevique y de las granjas colectivas.

1). A fines de 1948, los editorialistas de *Suvorovets* enviaron sus mejores augurios para el año que está por iniciarse a Perón, “sabio presidente de la República Argentina”, y a Eva Duarte, “su noble señora” (Suvorovets, 31 de diciembre de 1948, p. 1). Entre sus deseos se encuentra el fin del comunismo en Rusia. El 25 de julio de 1949 en el estadio Luna Park de Buenos Aires, Perón había dado un discurso de unidad entre su gobierno y sus representados, demostrando “ante el mundo que el Pueblo Argentino sin mordazas comunistas ni ideales exóticos, sigue el derrotero trazado por los héroes de su Independencia Política” (Suvorovets, 5 de agosto de 1949, p. 1). La Argentina incrementaba su grandeza al mismo tiempo que Europa perdía la suya.

El periódico dio a conocer su particular visión de las diversas formas de gobierno que se originaron a lo largo de la historia de la humanidad. Si en la antigüedad se había propuesto que la conducción de los gobiernos fuera ejercida por filósofos, en tiempos más recientes ese lugar de confianza había sido depositado en los ingenieros. En 1945 se había arribado a un nuevo tipo de liderazgo político que redundaba en beneficio de las poblaciones: “Actualmente, con el ejemplo de los gobiernos donde dirigen los generales, es posible llegar a la conclusión de que la estrategocracia es capaz de sacar a la humanidad de la crisis actual” (Suvorovets, 24 de diciembre de 1948, p. 1). El general Holmston había publicado un libro, titulado *En las rutas encantadas*, en donde planteaba que el espíritu de cuerpo que rodeaba la oficialidad más allá de las naciones a las que perteneciera cada oficial, constituía una predisposición para que se establecieran acuerdos entre ellos mucho más rápido de lo que cabría esperar que tuviera lugar entre políticos, incluso cuando estos últimos compartieran la misma nacionalidad. Esta capacidad de entendimiento se sustentaba, según la publicación, principalmente en la educación homogénea que recibirían los cadetes en todas las instituciones militares del mundo. De este modo, se reconocía en Perón su utilización del lenguaje militar, mucho más claro que el enrevesado lenguaje de la diplomacia (Suvorovets, 7 de julio de 1950, p. 1).

En la lectura de la realidad argentina que hacía *Suvorovets*, la Constitución de 1853 era vetusta y requería un reemplazo. La propuesta elevada por Perón era inmejorable, dado que afirmaba la independencia económica de la república, establecía derechos para los

trabajadores y para las carreras profesionales, introducía una nueva interpretación del derecho a la propiedad, posibilitaba la reelección para el puesto de presidente de la nación (Suvorovets, 18 de marzo de 1949, p. 1). El nuevo marco constitucional, signado por el acuerdo capital-trabajo, privaba al derecho de huelga de un status legal. Esto permitió a Perón obtener de la CGT oficialista el compromiso para oponerse al recurso frecuente de huelgas bajo el pretexto de “la existencia de un complot comunista para sabotear la política económica” (Doyon, 2002, p. 377). Los suvorovistas hicieron explícita su admiración por la legislación impulsada por el gobierno peronista, sobre todo en lo que hacía a las leyes laborales, tal como puede advertirse a partir de la publicación que hicieron de un compendio de las mismas (*Sbornik prakticheskikh ukazanii o zakonakh o trude i ob inykh zakonakh Argentiny*, 1949, N°1). Por todo esto, los rusos blancos se abrazaron a la Constitución de 1949. Desde la vereda de enfrente, los comunistas vieron en ella confirmación del avance del corporativismo fascista en la Argentina (Altamirano, 2002, p. 246).

La Unión Suvorov se refirió de manera destacada al Decreto 536, elaborado por el gobierno a comienzos de 1945 (Suvorovets, 17 de diciembre de 1948, p. 2). El mismo establecía que, en algunas actividades, el derecho a huelga se convertía en un delito contra la seguridad interna y la seguridad externa del Estado que dañaba la economía nacional. Los extranjeros naturalizados a quienes se les aplicara el contenido del decreto podían ser deportados a sus países de origen. *Suvorovets* sostuvo que hasta el momento no existían controles reales en Argentina contra el ingreso ilegal de los extranjeros. La inmigración ilegal había registrado un incremento sustancial en los años de posguerra. El Decreto 536/45 venía a revertir esta cuestión, negativa a los ojos de los suvorovistas. A partir de entonces, la llegada ilegal al país podía ser penada con hasta tres meses de prisión y con la deportación. Por medio del Decreto 13482 del 14 de octubre de 1948, los inmigrantes ilegales tenían tiempo para regularizar su situación hasta el 15 de enero de 1949 (Suvorovets, 21 de enero de 1949, p. 2.).

La Unión Suvorov debió cuidarse, no obstante, de ver perjudicada su propia postura ideológica a partir de la implementación de la nueva legislación migratoria. Aseguraban

que la totalidad de los inmigrantes de origen eslavo que llegaban a la Argentina eran anticomunistas, y que, a causa de ello, el Partido Comunista intentaba obstaculizar su ingreso al país. En el relato suvorovista, los comunistas habían hecho correr el rumor que los inmigrantes eslavos estaban dotados de documentación falsa confeccionada en Munich, y hasta habían llegado a preparar una trifulca en la Unión Eslava para demostrar que los eslavos que buscaban echar raíces en Argentina eran violentos y era una equivocación permitirles la entrada (Suvorovets, 1 de abril de 1949, p. 1). Los suvorovistas veían en la Unión Eslava la encarnación de una agrupación comunista¹⁰, cuando en realidad ésta había transitado desde un antibolchevismo recalcitrante a un apoyo táctico a la defensa patriótica conducida por el Ejército Rojo ante la avanzada nazi, pero sin abandonar su anti-izquierdismo. A diferencia de lo que proponía la Unión Eslava en su órgano *Tierra Rusa*, desde *Suvorovets* se hacía constar que la Segunda Guerra Mundial dejaba en evidencia el hecho de que el gobierno soviético era inestable y carecía del apoyo popular, por lo que debió sostenerse exclusivamente en los artificios de la propaganda (Suvorovets, 9 de diciembre de 1949, p. 1). El mote de Gran Guerra Patria no era así sino un recurso desesperado para superar la apatía del pueblo soviético. Esta situación los llevaba a anhelar que las autoridades argentinas comprendieran que las “actividades antinacionales” desarrolladas por los “comunistas” debían conducir a la clausura de la Unión Eslava¹¹. Lo llamativo es que este último grupo no tenía nada de comunista. No obstante, el apoyo de la Unión Eslava a través de sus publicaciones periódicas al régimen de Stalin durante la Segunda Guerra Mundial pudo haber contribuido a elaborar esta interpretación (Piemonte, 2016). La Unión Eslava se jactaba de representar a cerca de 800.000 eslavos en la Argentina. En opinión de los suvorovistas, esto constituía un serio peligro para todos sus miembros, que se hallaban sometidos a la propaganda pro-comunista promovida por Pablo Shostakovsky (Suvorovets, 29 de abril de 1949, p. 2). Era necesario trabajar para la derrota de la Unión Eslava, que facilitaría la lucha contra el comunismo en el país.

¹⁰ Llegaban a afirmar incluso que “Enmascarándose bajo la capa eslava en la política mundial, los comunistas se han colocado una capa igual en la Argentina; han denominado ‘Unión Eslava’ a una de sus organizaciones.” “Los eslavos y el comunismo”, *Suvorovets*, 15/4/1949, N° 15 (30), p. 1.

¹¹ Sobre la historia de la Unión Eslava, ver Serrano, 2012.

La siguiente cita textual condensa todo lo que para *Suvorovets* representaba el peronismo:

El 17 de octubre es la cristalización de la justicia social que el entonces coronel Perón había comenzado desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, y demuestra en forma cabal como el pueblo quiere y puede defender sus conquistas y en que forma sabe demostrar su agradecimiento al hombre que encarna sus ilusiones.

Nosotros, rusos blancos, con el corazón embargado por la emoción, pues ambicionamos que nuestro pueblo oprimido y esclavizado también algún día levante su frente y sacuda el yugo del opresor comunista, manifestamos nuestro agradecimiento a la Nación Argentina por habernos acogido en su seno, y nuestra lealtad con sus autoridades al gritar en un unísono junto al pueblo argentino. (A.S., “¡Presente, mi general!”. (Suvorovets, 14 de octubre de 1949, p. 1).

Los fundadores de la Unión Suvorov, haciendo gala de sus dotes de “guerreros rusos”, se habían propuesto desde un comienzo retribuir la hospitalidad con que los habían recibido el gobierno de Perón y el pueblo argentino, ofreciéndose a defender al país tanto de sus enemigos externos como internos (Suvorovets, 15 de abril de 1949, p. 1). Parte de esta función consistía en desenmascarar a los comunistas, tanto argentinos como rusos radicados en la Argentina, quienes guardaban fidelidad al gobierno moscovita. En tanto que los rusos rojos –integrantes de una oleada migratoria anterior a la que siguió al fin de la Segunda Guerra Mundial– pretendían revolucionar la sociedad argentina, los rusos blancos hacían expresa su voluntad de integrarse sin generar sobresaltos y –antes bien– contribuyendo a conservar el orden instaurado en la nación que los había recibido. El trabajo duro y la legalidad eran las credenciales de los verdaderos nacionalistas rusos.

La oficialidad de las Fuerzas Armadas tenía como aglutinante la combinación de nacionalismo, industrialización y anticomunismo (Torre, 2002, p. 41). Así fue como el comunismo se convirtió en la fuerza política hacia la cual se dirigió en forma preferencial el aparato represivo del estado en sus múltiples facetas. El anticomunismo estatal no era un elemento nuevo en la política argentina, sino que constituyó una parte central de las políticas estatales desde 1930 (López Cantera, 2016-17; Valobra, 2005). Además de echar

mano como sus antecesores a la Ley de Residencia (4.144), el peronismo condujo la persecución contra el comunismo por terrenos novedosos. Así fue como la Dirección General de Fabricaciones Militares puso como único reparo para la incorporación de científicos e ingenieros la exclusión de aquellos que fueran afiliados del Partido Comunista. Resultaban incorporados sin miramientos ex miembros del Partido Nacionalista, pero quedaban terminantemente excluidos quienes fueran portadores de simpatías comunistas (Potash, 2002, p. 96).

Asimismo, los disturbios que se registraban en Chile –donde el gobierno de coalición del Partido Radical de Chile encabezado por Gabriel González Videla había pasado de buscar en un primer momento el apoyo comunista a perseguirlos y proscribirlos poco después, tras conducir un alineamiento con Estados Unidos que implicó la sanción de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia– (Halperin Donghi, 2000, pp. 495-497) tenían lugar no a causa de la conjugación de bajos salarios con un elevado costo de vida, sino que eran el producto de un plan comunista de desestabilización. Cometían un error de interpretación quienes rechazaban esta idea por considerar que un partido de las dimensiones del Partido Comunista de Chile no podía generar semejante movimiento de masas. El tamaño de la estructura partidaria no había sido un obstáculo infranqueable en Rusia ni en China. La responsabilidad comunista en los movimientos contestatarios del orden había quedado ya demostrada en las experiencias de Brasil, Perú y Colombia. Por el contrario, el parlamento y la prensa de la Argentina habían sabido evaluar la dimensión del desafío planteado por el comunismo. La sanción de leyes de protección laboral había permitido a Perón mejorar las condiciones de existencia de los trabajadores, al tiempo que contribuía a alejar a estos últimos de la prédica comunista (Suvorovets, 26 de agosto de 1949, p. 1).

Consideraciones finales

Los rusos blancos conservadores que fundaron la Unión Suvorov se propusieron desde el comienzo dar forma a un proyecto militar nacionalista dirigido a denunciar y a

luchar contra el comunismo internacional. Las filas suvorovistas se componían de emigrantes rusos anticomunistas y nacionalistas que enarbolaban convicciones de derecha. Nicolás II era un “zar-mártir”, un caudillo que había dado su vida en defensa de la patria. El comunismo encarnaba las “fuerzas del mal”. La lucha contra el comunismo era encarada como una “santa lucha por el honor y derecho de Nuestra Patria y de nuestro pueblo”, pero también “por el honor y libertad de toda la humanidad” (Suvorovets, 4 de noviembre de 1949, p. 3). Para los suvorovistas las autoridades soviéticas no eran rusas, no tenían nada en común con Rusia y el pueblo ruso. Antes bien, habían ultrajado la fe ortodoxa y la tradición rusas. El estado bolchevique no guardaba ninguna relación con la nación rusa. Más aún, los comunistas llevaban adelante un sistema político anti-ruso.

Pese al primigenio carácter ascético que se pretendió atribuir de manera explícita a la organización de los rusos blancos, con el tiempo se pasó a reconocer la imposibilidad de disociar al ejército de la política (Suvorovets, 17 de marzo de 1951, p. 3). Así fue como la Unión Suvorov que el destino de Rusia y de todo el mundo se dirimiría según el modo en que las democracias occidentales abordaran la cuestión de su actitud hacia el pueblo ruso y su lucha de liberación. Occidente estaba demorando en tomar la decisión acerca de la actitud que debía adoptar con Rusia. *Suvorovets* afirmaba que solo la liberación de Rusia podría poner al mundo a resguardo del peligro comunista sin producir derramamiento de sangre. Esta liberación surgiría, con alta probabilidad, de un empuje externo. El movimiento de liberación anticomunista tenía como tarea principal promover esta revolución mediante la preparación de un programa de lucha y la unificación de las fuerzas contrarias a la “dictadura bolchevique”.

Si el historiador británico Orlando Figes había sostenido que la expectativa de un pronto regreso a su patria había sido el elemento aglutinante para la primera generación de emigrantes rusos tras el triunfo bolchevique (Figes, 2006, p. 635), hemos podido advertir aquí que la misma situación se aplica también a los rusos blancos militares exiliados tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, este segundo grupo presentaba una diferencia sustancial respecto del primero: era necesario trabajar activamente desde el punto del mundo en que se encontraran sus miembros para contribuir a la consumación de

la caída del régimen soviético. Al igual que ocurría en otras derechas conservadoras occidentales del período, al construir su discurso en torno del comunismo, los suvorovistas asumían una lógica de la exclusión que redundaba en el reclamo de creación de un estado con fuerte impronta policial (Casals, 2009; Burgos Pinto, 2014). La aplicación de la intensa política estatal anticomunista bajo el gobierno de Perón capturó así la atención de los integrantes de la Unión Suvorov, quienes desde el comienzo de su fundación encontraron en el presidente argentino al aliado más confiable.

Bibliografía

AA.VV. (1997). *Rusia y Occidente*. Madrid, España: Tecnos.

Adamovsky, E. y Koublitskaia, M. (2012). Publicaciones de la colectividad rusa en Argentina: un inventario crítico. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 26(72), pp. 51-96. Recuperado de <http://ezequieladamovsky.blogspot.com/2014/03/publicaciones-de-la-colectividad-rusa.html>

Altamirano, C. (2002). Ideologías políticas y debate cívico. En J. C. Torre (dir.). *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, (pp. 207-256). Tomo 8. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Andruskiewitsch, I. (2013). Conferencia pronunciada el 13 de julio de 2000 en Recoleta, durante la Exposición de Iconos Rusos. *Bajo la Cruz del Sur. Boletín parroquial de la Catedral de la Resurrección de N. S. Jesucristo, de la Iglesia Ortodoxa Rusa en la República Argentina, (Nº Especial en español)*, pp. 1-6.

Burgos Pinto, R. (2014). Aproximaciones a la construcción del anticomunismo en la derecha política conservadora en Chile, 1941-1948. *Estudios Ibero-Americanos, PUCRS*, 40(2), pp. 258-276.

Casals, M. (2009). Lógicas-ideológicas de exclusión. Fragmentos para una historia del anticomunismo en Chile. En R. Gaune, y L. Martín (ed.). *Historias de racismo y discriminación*. Santiago: Uqbar Editores.

- Comisión Nacional (1916). *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1° de junio de 1914. Tomo 1. Antecedentes y comentarios*. Buenos Aires, Argentina: Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía.
- Dik, E. H. (1991). "Iz istorii rossiiskoi emigratsii v Argentinu (konets XIX-nachalo XX vv.)". *Latinskaia Amerika*, (6), pp. 79-86.
- Doyon, L. (2002). La formación del sindicalismo peronista. En J. C. Torre (dir.): *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, (pp. 357-404). Tomo 8. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Enstad, J. D. (2018). *Soviet Russians under Nazi Occupation. Fragile Loyalties in World War II*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Figes, O. (2006). *El baile de Natacha. Una historia cultural rusa*. Barcelona, España: Edhasa.
- Halperin Donghi, T. (2000). *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid, España: Alianza.
- Koublitskaia, M. A. (2011). Russkie izdatel'stva, tipografii i biblioteki v Argentine. *Emigrantika.ru*, s/p. Recuperado de <http://www.emigrantika.ru/publications/838kublickaja>. Ultimo acceso: 21/6/2019].
- López Cantera, M. F. (2016-17). El anticomunismo argentino entre 1930 y 1943. Los orígenes de la construcción de un enemigo. *The International Newsletter of Communist Studies*, XXII-XXIII (29-30), pp. 71-80.
- Moseikina, M. N. (2007). Izdevatel'stva nad di-pi prodolzhaiutsia: Formirovanie novoi volny russkoi emigratsii v Argentine posle Vtoroi Mirovoi Voiny i problemy repatriatsii v SSSR. *Vestnik Rossiiskogo Universiteta Druzby Narodov, Seriia «Istoria Rossii»*, (2), pp. 70-81.
- Piemonte, V. A. (2016). Inmigrantes rusos y cultura política euroasiática en Argentina. La revista *Tierra Rusa*, 1941-1943. *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, (10), pp. 24-45.

- Potash, R. A. (2002). Las Fuerzas Armadas y la era de Perón. En J. C. Torre (dir.): *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, (pp. 79-124). Tomo 8. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Raeff, M. (2005). Recent Perspectives on the History of the Russian Emigration (1920-40). *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 6(2), pp. 319-334.
- Serrano, A. (2012). El elemento foráneo y la imagen del extranjero comunista durante el primer peronismo. El caso de la Unión Eslava Argentina. *Anuario de Historia Virtual*, (3), pp. 175-191.
- Siljak, A. (2001). Between East and West: Hegel and the Origins of the Russian Dilemma. *Journal of the History of Ideas*, 62(2), pp. 335-358.
- Smolkin, V. (2018). *A Sacred Space Is Never Empty. A History of Soviet Atheism*. Princeton University Press.
- Torre, J. C. (2002). Introducción a los años peronistas. En J. C. Torre (dir.): *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*. Tomo 8. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana, pp. 11-78.
- Valobra, A. (2005). Tradiciones y estrategias de movilización social en los partidos opositores durante el peronismo. El caso del Partido Comunista y la Unión de Mujeres de la Argentina. *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 30(60), pp. 155-182.
- Sbornik prakticheskikh ukazanii o zakonakh o trude i ob inykh zakonakh Argentiny* (1949). Buenos Aires, 1949.
- Suvorovets. "Ezhenedel'nik Sviazi i informatsii. Organ Rossiiskogo Voennno-Natsional'nogo Dvizheniia".